

Capítulo 2. El mundo autista: Historias

"Aquí estamos como dentro de una caja ¿no?"

E..., 8 años, CED Samper Mendoza

"por razones importantes que llevarían mas lejos hoy guardare silencio⁶"

Sellin, 20 años, 1991:71

En este capítulo me propongo ocuparme de las preguntas: ¿cómo son los niños autistas para los saberes especializados? ¿cuáles son los autistas a los que los especialistas, como agentes de una práctica social, dan vida a través de la narración de sus casos? Trataré de dar una respuesta a esta cuestión a partir de tres casos clínicos publicados en textos especializados, y uno de los casos de la escuela Samper Mendoza. El primero de estos casos se encuentra en el *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales DSM-IV* (1999) como ejemplo del trastorno autista. El segundo caso hace parte del libro *Autismo Infantil: Estudios sobre la Afectividad y las Emociones* (1998) del psiquiatra Michele Zappella, uno de los más reconocidos expertos en el tema del autismo desde hace varias décadas. El tercer caso se encuentra en *La fortaleza vacía* del psicoanalista Bruno Bettelheim (1967), un clásico de la literatura psicoanalítica sobre este trastorno mental.

A lo largo de mi investigación, encontré que los casos seleccionados para este capítulo son *representativos* en lo que respecta a los modos de describir a los autistas; esto es, consignan en ellos los motivos descriptivos más frecuentes en la clínica del autismo. Así, el

⁶ Sin puntuación ni acentuación en el original; ver bibliografía.

análisis de estos historiales revela las figuras a través de las cuales se grafica a los autistas, figuras que determinan las formas en las que los psicólogos se aproximan a los niños, y los lineamientos bajo los cuales se realiza la intervención. Además de lo anterior, los casos remiten a los orígenes de sus formas de describir, con lo que anclan tanto las representaciones como las prácticas que las crean en contextos históricos y sociales específicos.

Elegí historias publicadas en libros escritos por especialistas porque en estos textos se hace manifiesta la mirada clínica con el fin de ser transmitida y aprendida: se establecen antecedentes familiares y personales; se traza el camino seguido por la enfermedad a lo largo de su evolución; se revelan modos de vida, ambientes, predisposiciones; se discuten, corrigen y reafirman diagnósticos y terapias anteriores; se le relaciona con patrones, conceptos, leyes, conductas desviadas; se describen los síntomas a través de los cuales es posible especificar el padecimiento; en suma, se dibuja a los sujetos enfermos de tal manera que muestren a la enfermedad en toda su capacidad de expresión y de destrucción, en relación con un conjunto de prácticas terapéuticas que conceptúan sujetos basados en modelos de individuo saludable que ellas mismas generan y que se hacen legítimos gracias a la investidura de los terapeutas como sus agentes. Estos sujetos autistas son descritos dentro de sistemas de clasificación y regulación en los cuales los pequeños incluidos a través de técnicas de intervención y modificación de los comportamientos, con las que se pretende, en algunos casos, fundar *individuos*, y en otros, corregirlos.

El alienado

El primer caso, tomado del DSM-IV, es el de James, adolescente de quince años de edad quien es el autista perfecto. Cumple con todos los requisitos especificados por el Manual para tener este diagnóstico. De acuerdo con la historia, es el segundo de tres hermanos, en los que no se presentan trastornos de mayor gravedad. Antes de cumplir los tres años de edad, se pensaba que era sordo, pero las pruebas demostraron que escuchaba perfectamente. Según el doctor Volkmar, quien cedió la historia al DSM-IV para su publicación, James

interactúa muy poco con otros pequeños de su edad, lo cual es característico del trastorno que padece, y su inteligencia se encuentra dentro de parámetros aceptables aunque padece de “un ligero retraso mental”. A los tres años se le diagnosticó autismo infantil. En la visita al doctor Volkmar, , se dice que

“James presenta un patrón anormal de interacción social, con escaso contacto ocular y mostrándose relativamente desinteresado en las relaciones sociales. No utiliza expresiones faciales, gestos o posturas corporales para regular la interacción y carece de reciprocidad emocional ... su lenguaje es estereotipado y repetitivo, de carácter monótono ... presenta algunos comportamientos estereotipados ... tiende a adherirse a varias rutinas no funcionales ... no se observan ideas delirantes, alucinaciones ni otros fenómenos psicóticos” (1999:3).

Hasta este punto, la historia, plagada de términos técnicos, no nos ofrece mayores detalles acerca de la personalidad de James, de sus gustos, de sus intereses, más que un par de comentarios aislados acerca de su colección de hilos y de su costumbre de darle tres vueltas a la silla antes de sentarse. Y sin embargo, no resulta difícil imaginar cómo es él: James es un autista y eso es todo lo que nos interesa saber.

En estas pocas frases del caso expuesto por el DSM-IV a manera de ejemplo, los síntomas del trastorno autista aparecen registrados con las mismas palabras con las cuales se constituye el trastorno como especie, según las veremos en el capítulo siguiente. Son las líneas de un sistema clasificatorio de los trastornos mentales que, como tal, constituye un sistema cultural. Dicho sistema gira en torno a tres criterios básicos, que veremos más extensamente en el siguiente capítulo, y que se resumen en alteraciones cualitativas de la interacción social, desarreglos de la comunicación y comportamientos estereotipados, limitados y repetitivos (DSM-IV:4). El referente que indica la presencia de tales perturbaciones es un modelo de sujeto que exploraré posteriormente.

Como sucede en los trastornos del desarrollo, James manifestó los síntomas del autismo desde muy pequeño, como lo muestran las siguientes frases:

“James nació en una familia trabajadora después de un embarazo y parto normales ... desde las primeras semanas de vida parecía diferente ... mucho menos interesado en la interacción social” (1999:3).

James ha estado enfermo siempre. Este niño, según el doctor Volkmar, ha sido autista durante toda su existencia. Esta afirmación posee sin embargo un carácter retrospectivo, pues proviene de un examen psiquiátrico que se le practicó a los quince años de edad. A partir del momento en que es nombrado como autista todas sus acciones son clasificables con la figura de su padecimiento; su inexistente comunicación, sus juegos limitados, su manera de sentarse, su mirada, todo él se encuentra descrito como estereotipado y repetitivo, acudiendo a los criterios diagnósticos presentados por el Manual un par de páginas atrás de este caso.

Tal especificación de su esencia proviene en su totalidad de la definición de la enfermedad. Mas para tener acceso a ella, para fijar sus síntomas en torno a un síndrome particular, es necesario diferenciar primero de qué trastorno se trata, descartar otros problemas, individualizar su padecimiento. De aquí que el autismo haya sido definido a partir de aquello que no es, con lo cual se manifiesta su estatuto de diferencia. No por ello es excluyente, pues es posible sufrir de varias enfermedades mentales al mismo tiempo. Así lo vemos en estas líneas, en las cuales se establecen sus diferencias con la esquizofrenia:

“En ocasiones, la Esquizofrenia tiene su origen durante la infancia, aunque suele manifestarse tras unos años de desarrollo normal o casi normal. Por tanto, es diferente del Trastorno autista, en el cual el retraso o funcionamiento anormal aparecen antes de los tres años de edad. Puede establecerse un diagnóstico adicional de Esquizofrenia cuando un sujeto con Trastorno autista desarrolla delirios o alucinaciones destacadas que responden a criterios de Esquizofrenia” (1999:6).

Una vez desechadas otras opciones, se caracteriza al enfermo con ayuda de los criterios diagnósticos para la enfermedad a través de los que se ha incluido al autismo dentro de la taxonomía de las enfermedades mentales, organizados con ayuda del sistema multiaxial, que con-

siste en un conjunto de planos distintos de ubicación de los síntomas, dentro de los que se hallan todos los trastornos descritos por el Manual y se incluyen factores que pueden agravarlos, planos con los que, en palabras de Foucault, “se separa, se opone, se entronca, se reagrupa, se clasifica, se hacen derivar unas de otras las diferentes ‘locuras’ como objetos del discurso psiquiátrico” (1970:68). James padece, además de autismo, de un retraso mental leve, diagnósticos que se llevaron a cabo después de una serie de exámenes que condujeron a su doctor a apartarse de otras posibilidades.

“Llegó a pensarse que James era sordo, pero una audiometría indicó que, en principio, no había alteraciones en su oído ... En las pruebas, James demostró dispersión en las habilidades de desarrollo, con un retraso grave en el desarrollo y en las habilidades cognoscitivas mediadas por el lenguaje, aunque estaba muy cerca del nivel de su edad en algunas habilidades motoras y cognoscitivas no verbales ... mostró un encefalograma y una tomografía computarizada normales. El análisis genético y de cromosomas también fue normal ... el chico presentaba ‘alteración cualitativa de la interacción social’ ... había ‘alteraciones cualitativas de la comunicación’ ... mostraba ‘patrones de comportamiento, intereses y actividades restringidos, repetitivos y estereotipados’ ... por tanto, el diagnóstico de Trastorno autista del DSM-IV resulta compatible” (1999:3-5).

No se trataba entonces de trastornos de orden fisiológico o bioquímico que permitiesen localizar el origen del mal en sus órganos o sus fluidos corporales, con lo cual se clasifica su enfermedad como mental principalmente por las perturbaciones del lenguaje y de la cognición, centrales en el diagnóstico del autismo y en la taxonomía de los trastornos de inicio en la infancia, la niñez o la adolescencia, según el nombre dado por el Manual. Se define el padecimiento de James como un trastorno generalizado del desarrollo, con lo que la cadena de delimitación del padecimiento se interrumpe para dar paso a un tipo de enfermedad en la que la ubicación geográfica en el cuerpo pierde importancia y el tratamiento debe concentrarse en las acciones del paciente.

“Aunque la causa o causas del autismo siguen sin conocerse, se ha demostrado que la intervención educativa y comportamental mantenida se asocia a una mejoría en los resultados a largo plazo. Es básico centrarse en el propósito de que el sujeto adquiriera las habilidades adaptativas básicas necesarias para lograr el nivel más alto posible de autosuficiencia del adulto. También son importantes las intervenciones comportamentales que refuerzan positivamente los comportamientos deseados y extinguen los inadecuados ... muchas medicaciones pueden ser de utilidad” (1999:7).

Los comportamientos deseados aparecen una y otra vez en la narración del caso de James. Pero a pesar de su importancia manifiesta, en ningún momento se especifican esas maneras normales que permiten identificar cuándo se trata de anormales. Existen modos inadecuados, diferentes, no funcionales de ser, según los términos de la historia, si bien pocos son registrados específicamente.

Los modos normales, en cambio, son mencionados como tales, sin que se explique en qué consisten. Y aún así no es necesario que se encuentren explicitados; no hace falta, pues la normalidad no necesita aquí de justificación, está naturalizada, pues los discursos autorizados a pronunciarse sobre la normalidad dan lugar, por este hecho, a verdades institucionalizadas que los enuncian, que crean sus escenarios y sus libretos.

Como es fácil notar en las citas que aquí aparecen, el caso de James fue registrado en el DSM-IV porque permite diagnosticar sin error. James es, como anotaba al comienzo de esta sección, un autista perfecto, apégado completamente a las líneas del sistema clasificatorio, que como dije antes, se resume en alteraciones del lenguaje, de la comunicación y en comportamientos repetitivos que parecieran no apuntar a un fin específico.

No hay más diagnósticos posibles pues se trata de un caso que debe servir como ejemplo. El sujeto descrito es un autista sin lugar a sospechas, y la posición que James ocupa todo el tiempo en el texto es la de enfermo modelo, de paciente casi anónimo que pasa fugazmente por la vida de los clínicos con el único fin de mostrarles cómo es un autista, cuál es su forma de hablar y de actuar, de qué manera pue-

den ser identificados, distinguidos de pacientes con otros problemas. Poco importa aquello que lo hace diferente de otros autistas, el drama que puede haber representado para su familia o para su comunidad la convivencia con él, su paso por múltiples lugares y especialidades. Solo existe allí para enseñar los criterios diagnósticos del Manual.

La descripción de James presenta una primera representación constitutiva de la sinrazón que es, según mi manera de ver, la más radical: él es el alienado, definible en su totalidad a través de los mismos criterios con los que se define su enfermedad. Es probablemente el paciente soñado de Kraepelin y de Bleuler, el enfermo que no es más que desiertos, estereotipias y amaneramientos sin una voluntad que lo rija, vacío de sí mismo y de razones. Es la alineación extrema.

El historial remite sin reservas a pensar en hábitos irreflexivos: se mueve de determinadas formas sin motivos aparentes, así como habla sin decir. Todo en él es, según los términos mismos del doctor Volkmar, invariabilidad y reiteración que carecen de un motor que los provoque. Es pues el paradigma de la psiquiatría del sistema nervioso y de los automatismos que empezó en el siglo XIX, y que para Foucault se basa en la conjunción entre las imágenes de la bruja y de la poseída cedidas por la Iglesia a la medicina al haber perdido su efectividad en el marco de la vida religiosa (2000 [1999]). La narración de James muestra que esta psiquiatría aún tiene vigencia, pues detalla al niño enfermo a través de esquemas para los que la enfermedad mental está llena de acciones impensadas, privadas de voluntad, automáticas.

Al mismo tiempo que pretende decirlo todo sobre estos pacientes, la descripción de James, tan apegada como está a los ejes que demarcan el autismo, se caracteriza por su mutismo. Lo más notorio en ella es la prolijidad de sus silencios. Cuando se trata de estereotipos, hay poco que decir, pues se asume que ya todo fue dicho. Así, el caso cuyo objeto es ejemplificar el trastorno, dice de él tan poco que no es más que su prototipo monótono y repetitivo, espejo de los síntomas.

El tirano

El segundo caso es el de Nicola, paciente del doctor Zappella. Es un niño de tres años de edad cuyos padres llevaron a consulta porque

se negaba a caminar por sí mismo, razón por la cual alguien debía siempre llevarlo en brazos. Si nadie estaba dispuesto a ello, Nicola se desplazaba sobre sus rodillas o sobre su trasero, a pesar de que las pruebas a las que había sido sometido muestran que él podía caminar sin problemas, y que el que no lo hiciera no tenía, según la historia, una justificación física. Nicola no consumía alimentos sólidos, y la única palabra que compone su lenguaje es 'no'. Se trata de un caso de autismo infantil.

La narrativa de este caso es completamente diferente al anterior, pues mientras James es tan sólo un ejemplo paradigmático con pocas afirmaciones que permitan imaginarlo como otra cosa que no sea un autista, Nicola aparece descrito no solamente en sus conductas sino también en su apariencia, con lo que se convierte a través de las palabras de su doctor en un niño de carne y sangre, como lo muestra este segmento:

“Nicola era un niño pálido, como suele acontecer a niños que están siempre en casa, con las sienes poco pobladas, cabellos castaños cortados como cepillo y ojos claros. Lo habían enviado al gimnasio porque no caminaba solo, y el médico que primero lo vio quiso que lo revisaran los terapeutas” (Zappella, 1998: 140).

Nicola aparece en el texto no para mostrar cuán sencillo puede ser descubrir la enfermedad en el cuerpo y en la vida de un paciente, sino para revelar la manera en que ésta puede ser corregida con los métodos del doctor, la forma en que puede corregirse el curso de la vida de Nicola como si se tratase de un desvío en el camino que altera el plan de viaje al que aún es posible retornar. Y sin embargo, los síntomas están siempre visibles: no obstante la humanidad de Nicola parece emerger en el texto, él sigue siendo un autista. La enfermedad está ahí presente, alterando su vida y la de su familia; en la historia el pequeño se hace autista como si hubiese tenido la posibilidad de decidirlo. Como veremos más adelante, y a pesar de constituir una contradicción visible, la autonomía, cualidad fundamental del llamado *sujeto moderno*, está presente aún en aquellos que se ubican en sus límites: no sujetos y sujetos incompletos.

El autismo de Nicola tiene en este texto una primera causa conocida. El niño sufre de fenilcetonuria, enfermedad que le provoca una deficiencia en la asimilación de cierto conjunto de proteínas presente en los lácteos. Según el doctor Zappella, el hecho de que la madre de Nicola lo hubiese amamantado durante un largo período de tiempo no hizo más que acrecentar las consecuencias de su enfermedad, esto es, retraso mental y autismo. Esto responde al “principio de la alteración de la alteración” en la constitución de la enfermedad, que ha sido descrito por Foucault, según el cual existen “efectos de facilitación que encadenan unos a otros los diferentes trastornos” (2001 [1953]:214). Así, las formas que tomaría la fenilcetonuria en la vida de Nicola habían sido ya descritos; en su caso el autismo no es más que uno de esos modos de acción, anticipado por las características con que se clasifica a la fenilcetonuria y reversible en alto grado con una dieta, si se hubiese hecho un diagnóstico temprano que para el doctor Zappella no tuvo lugar, pues

“...en una primera etapa no se tuvo el resultado del examen de laboratorio que haría posible el diagnóstico, el cual después hicimos a la segunda oportunidad: en este punto se inició una dieta específica, que por lo demás no modificó sus capacidades” (Zappella, 1998:140)

Durante esta primera consulta el doctor Zappella pide a los padres de Nicola que describan su familia. El padre de Nicola es descrito por el psiquiatra como “joven y sonriente”, pues se presentó con “confianza y simpatía”. La madre, menos complaciente y jovial, indica que tiene tres hijos, el mayor de siete años con capacidades normales, Nicola y un pequeño de dos meses. Ella comenta que amamantó al primero durante ocho meses y a Nicola por diecinueve por recomendación del pediatra. La descripción del doctor involucra muchos otros aspectos, como puede verse en las líneas que siguen:

“la madre era una mujer muy temerosa que desde hacía años tenía miedo a salir sola a la calle y siempre necesitaba a alguien que la acompañara, pues de otra manera era presa de gran ansiedad. En casa, el padre resolvía las dificultades de la esposa ... habitaban un edificio de

Nápoles, y en varios apartamentos del mismo vivían varios parientes del padre ... la madre no se sentía muy a sus anchas en la nueva familia y con frecuencia iba, acompañada del marido, a visitar a su madre” (1998:142)

En este fragmento se hace visible, a diferencia del caso anterior, que no solamente Nicola es evaluado y diagnosticado por el doctor, sino que también lo son sus padres y hermanos, tíos y abuelos, e incluso el edificio en que viven. Estos aspectos, que usualmente son titulados por el DSM-IV como “problemas psicosociales y ambientales” (1999:XV) hacen pensar que no solamente Nicola, quien es el enfermo y quien está en consulta, necesita de tratamiento. También lo necesita mamá, pues su ansiedad, según el doctor Zappella, puede estar agravando el estado del pequeño autista.

Después de hacer un inventario de la vida en familia de Nicola y del estado general de este último, el doctor Zappella hace una descripción de la manera en que habrá de realizarse el tratamiento y de las personas que se verán involucradas en él:

“...era evidente, por la historia médica y por cuanto veía, que se necesitaba una activación emotiva que sacara a Nicola de su sistemática negativa a colaborar con los demás, y también era claro que, dada su inquietud ante los extraños, desde el comienzo dicha intervención debía ser conducida por uno de sus padres. El padre estaba disponible y probablemente era capaz, mientras, a ojos vista, la madre debía participar en grado menor” (1998;142)

A continuación el doctor Zapella se remite a su paciente y hace un diagnóstico, registrando del modo que sigue los resultados de su evaluación:

“Nicola tenía dificultades en la relación de reciprocidad corpórea, por lo que pretendía mantenerse en la posición que él quería, mirando a los extraños. Probablemente, un año antes había sufrido un encierro autista acentuado, cuando lo revisó el psicólogo de su USL⁷ : pero ahí, delante

⁷ Posiblemente el servicio médico de Nicola, si bien el doctor Zappella no menciona en momento alguno en qué consiste USL.

de mí, era un niño muy atento a cada detalle del ambiente, a las expresiones de nuestro rostro, y preocupado de que un extraño se acercase a él ... su única palabra, 'no', era directa y sin equívocos" (1998:142).

La intervención comienza a desarrollarse a partir de este momento. El doctor indicaba al padre qué hacer con su hijo, proponiendo diversas actividades de acercamiento: carreras, juegos con cubos, gimnasia; todas ellas destinadas a tender un puente de comunicación entre Nicola y el resto del mundo. La madre desarrolla un papel menos activo, pues ella simplemente guiaba a su hijo hasta los juguetes. Nicola comenzó a mejorar en muchos aspectos de su vida, pues se alimentaba mucho mejor, ya que antes de esta terapéutica solamente aceptaba el biberón, y comenzó a constituir una relación de comunicación con sus padres. Sin embargo, aún no aceptaba ponerse de pie, con lo cual el doctor Zappella expone otro método para evaluar al pequeño y su familia:

"Aquí ... era importante observar las interacciones familiares porque había algo en estas que no nos parecía claro ... el cuarto encuentro se desarrolló en una habitación con el espejo unidireccional: era una gran sala asimétrica con las paredes pintadas de verdes colinas y niños con cometas, trenecitos pintados y calles de la ciudad ... es una especie de gran escenario" (1998:143).

En el pequeño teatro toda la escenografía está dispuesta para que se actúe la infancia, la niñez loca de los pacientes de Zappella. Es en este espacio donde el autismo de Nicola deberá desplegarse bajo la mirada atenta y objetiva de los médicos. Es un manicomio en miniatura. En el escenario, el doctor pide a los padres que le pongan a Nicola unos patines, que jueguen a la pelota, que hagan lo posible por que él se ponga en pie. Pero ante sus ojos se desarrolla una escena distinta a la que esperaba, pues los padres tratan de convencer a su hijo de que se pare con toda clase de propuestas tentadoras con los juguetes de la sala, pero él se niega rotundamente.

"El padre le propone otro juego con el pequeño teléfono anaranjado de plástico, pero repite Nicola 'no y no!'. Ahora el tiranuelo ha vuelto a ser

dueño de la situación, impone a todos el juego de la pelota y se deshace en risotadas felices" (1998:144).

En estas líneas, el doctor Zappella hace explícita por primera vez la categoría con la cual califica a sus pacientes: son unos pequeños tiranos. Los autistas descritos aquí son unos manipuladores y perversos dueños del mundo cuyo único deseo es someterlo a la propia voluntad. Al decir que Nicola elige negarse a los juegos de sus padres y tiene posesión de ellos hasta el punto de manejarlos a su antojo, este caso le restituye al pequeño su estatuto de sujeto autónomo, pues en el escrito es Nicola quien decide no caminar sobre sus dos piernas, no usar los patines, no comer galletas, no callarse, no hablar, no cumplir las disposiciones ajenas; en pocas palabras, Nicola decide autónomamente no dejar de ser autista. Esta autonomía que Nicola tiene y no tiene al mismo tiempo y que le es otorgada por el doctor Zappella, es una de las cualidades del conocido como *sujeto moderno*. Nicola no solamente es un sujeto en el texto, sino que posee las características de las cuales se supone carecía y por las cuales se encuentra en una consulta bajo el rótulo de autista. Cuando no es obedecido, Nicola se exaspera, como lo indica el doctor:

"sin descanso, continúa la protesta para demostrar su enojo de soberano, cuyos súbditos han osado alejarse algunos metros y no obedecer plenamente a sus indicaciones ... la madre quisiera aceptar las cosas serenamente: 'Demos un paseo!', le dice. Pero el implacable tirano se agita rabioso, levanta los pies, tira puntapiés, patalea en todas direcciones" (1998:145).

Malvado, el tirano oculta instrumentos de tortura en su propio cuerpo. Con ellos mantiene en orden su reino, en el que todo es suyo, en el que sus padres y su médico son suyos. Si no le son útiles, desaparecen de su mundo. Así lo hizo el rey Ubú con sus nobles: "ojo con el que no vaya derecho. Metirémelo en el bolso, con torcedura nasal y dental y extracción lingual" (Jarry, 1979 [1896]: 151). También lo hizo así Nerón con su familia, y aún con Roma. Es la obra de Nicola, aunque en

un sentido figurado. La gente en el mundo de este autista habita el espacio de la inexistencia simbólica.

Luego, el doctor Zappella narra la manera en la cual los padres de Nicola tratan de reconciliarse con su pequeño cediendo a sus pretensiones. El texto en este punto enfatiza de nueva cuenta el carácter ignominioso y egoísta de su protagonista, apuntando una vez más a un personaje que tiene licencia para preferir la desviación a la norma.

“¿Para qué narrar los últimos minutos de esta tiranía? Son casi iguales a los de antes” (1998:145)

La intervención descrita en la historia toma aquí un nuevo rumbo, pues todo lo que se pretende de ahora en adelante es arrebatar al niño la ilusión que supuestamente tiene de que puede ejercer su crueldad. La cura consiste entonces en poner a Nicola en su lugar, en sacarlo de su error. Pero a pesar de todos los intentos del doctor por hacerle esta demostración al niño, no lo logra. Según el relato del doctor Zappella, Nicola, por una elección propia, sigue negándose a caminar.

Un par de semanas después, Nicola entra al consultorio del doctor Zappella caminando con sus dos pies, sin la ayuda de sus padres. Ante los interrogantes del doctor, la madre comenta que en un momento le pidió al padre de Nicola que sostuviera en brazos a su hijo menor ignorando las protestas del pequeño autista y fingiera irse con él. Cuando Nicola vio esto, corrió hacia su padre. Desde entonces camina sobre sus dos piernas: como los síntomas por los cuales esta familia recurrió al psiquiatra han desaparecido, se dice que Nicola se ha curado. La enfermedad ha dejado de manifestarse, ya no hay nada en Nicola que permita fijar el autismo en él, por lo tanto, ahora es un niño no autista. Para el doctor Zappella, esto ocurrió de la siguiente manera:

“El sistema de movimientos por el cual Nicola dominaba a las personas que lo rodean, basado en retraimientos y protestas, fue contrariado por la aplicación, por parte del padre, de los sistemas de movimiento tendientes a la afiliación, a la amistad, exploratorios del otro y del ambiente. Al mismo tiempo, le imponía un nuevo ritmo de relación ... por

esta vía definitivamente se liberó ... todo esto fue posible en cuanto la madre se liberó de una angustia y de una aprehensión continua" (1998:151-152).

La curación tiene en este caso un carácter emancipador, pues deshace todo vínculo con el sufrimiento asociado a la enfermedad, en dos planos distintos. En el primero de ellos, al recobrar la salud, al no estar enfermo de nuevo, se pierden las ataduras, se regresa al momento en que se era libre, con lo que la salud y la normalidad constituyen, desde esta perspectiva, el estado natural de los individuos, mientras que la enfermedad como forma desviada de los órganos, de los fluidos o de la conciencia pertenece al dominio del error y por lo tanto, de lo que debe ser corregido. De esta manera, Nicola ha sido desatado, pues si bien parece haber optado libremente por ser autista, su trastorno truncaba el ejercicio de dicha independencia.

En un segundo plano, la curación libera a la familia de Nicola porque estaban sujetos a los deseos fuera de lugar del pequeño autista. No se han deshecho solamente de la enfermedad que los encadenaba, sino también del enfermo que había creado a su alrededor todo un círculo de sirvientes dedicados a satisfacer a su voluntad enferma. En esta medida, al liberar al autista de su padecimiento, el doctor Zappella ha quitado de encima de la familia al autista. Enfermo y enfermedad han sido retirados.

Con el proceso de curación, los padres de Nicola pueden ponerse en el papel que les corresponde dentro de su familia, pues el tirano ya no está. A partir del momento en que los síntomas de Nicola desaparecen, cada uno de los miembros de su familia puede adoptar el rol de hijo, hermano, padre o madre según la posición que cada cual ocupa. Ya no se trata de someterse a los caprichos ridículos del malvado.

El sujeto mostrado por esta historia es un dictador egoísta que elige comportarse como tal; un pequeño rey que, porque así lo quiso, era capaz de dominar a quienes le rodean con el único fin de imponer sus deseos sobre los otros. Pero este rey tiene algo de absurdo, pues padece de una enfermedad mental. Es un monarca fuera de toda lógica cuyos mandatos y disposiciones no pueden más que ser extravagantes: si no hay juego con el juguete que él dictamine, puede desha-

cerse lanzando azotes y espumarajos por la boca. Su voluntad extraña no puede más que mover a la piedad por su familia y necesitar de una corrección, pues es innegable el dolor con el que viven. Nicola es, en este sentido, mucho más cercano para quien lee su historia de lo que pudo haberlo sido James. Este despótico infante constituye otro de las posibilidades de interpretación escritas para los autistas. En el mundo no existe más que ellos mismos, nadie más les interesa a estos tiranos, pues el universo entero está a su servicio.

La dictadura ejercida en casa por Nicola constituye para el doctor Zappella tanto el resultado previsible de una insuficiencia en la asimilación de proteínas como una opción tomada por el pequeño autista dentro de un conjunto de posibilidades en las cuales sus relaciones sociales quedaban restringidas a la exigencia del rey y la obediencia de sus súbditos. Esta opción, enmarcada por la concepción de los sistemas de movimiento, a la cual me referiré posteriormente, subjetiva al pequeño Nicola bajo las características del *individuo*, pues le atribuye posibilidades de este último al considerar su comportamiento e incluso su autismo como una decisión que él toma desechando otros caminos.

El rey grotesco corresponde a la segunda de las representaciones constitutivas de la sinrazón. Es una figura clásica en dos sentidos: primero, era motivo de encierro, nos enseña Foucault (2000 [1964]; 2000 [1999]), en la Bicêtre de Pinel y se encuentra en los cimientos de la psiquiatría, pues enfrentar a dos pretendidos reyes y exponerles al absurdo de su delirio fue una forma de curar la locura; segundo, es notable en el presente por su inmediatez y su vigencia, pues nada nos resulta más cercano en la enfermedad mental que la imagen del loco que se dice rey. O el rey loco.

En razón de este último, la descripción de Nicola trae a cuento una remembranza. Nicola es, en esta historia, el emperador Nerón descrito por Suetonio, *ab epistulus* de Adriano, en los primeros años del siglo II a. C. Nerón "había degenerado de tal manera las virtudes de los suyos, que reprodujo los vicios de cada uno de ellos, como si los hubiese heredado y le fueran congénitos" (Suetonio, 2000 [119-122]:518). Todos los presagios indicaron que la desgracia pesaba sobre sus hombros, y aún así, se hizo emperador. Digno sobrino de Calígula, Nerón

era cobarde, lujurioso, derrochador, impío, caprichoso y, por sobre todo, inmensamente cruel. Fue cómplice del envenenamiento de su padre, Claudio; ordenó en más de una ocasión el asesinato de su madre, Agripina, y profanó su cadáver, entre otros familiares muertos por su voluntad. Solía robar los mercados mientras paseaba por Roma, y luego vendía el botín en subastas públicas. Lanzaba objetos al público desde sus palcos, rompiéndole la cabeza en una ocasión a un pretor de su confianza, y lastimando con frecuencia a quienes asistían a sus espectáculos. Invitaba a sus banquetes a mujeres de dudosa reputación y las obligaba a pasearse desnudas entre los comensales.

A la vez, Nerón era ridículo. Era su costumbre cubrirse la calva con una galera, peluca que era usada por las prostitutas del Imperio. Nunca vistió dos veces un mismo traje. En sus festines gozaba con hacerse encerrar en una jaula, y cubierto con la piel de un felino, salía de la jaula y manoseaba los genitales de sus invitados mientras profería rugidos. Le prendió fuego a Roma porque encontraba poco agraciada su arquitectura, y mientras observaba al fuego consumir la ciudad, cantó una de sus composiciones usando un vestido de teatro. “Incluso intentó transformar en mujer al joven Esporo cortándole los testículos, y, tras conducirlo a su presencia con la dote y el velo nupcial con el ceremonial habitual de las bodas, lo trató como si fuera su mujer” (Suetonio, 2000 [119-122]:535). Después se casó con su liberto Doríforo, pero vistiendo él esta vez el velo nupcial. Nerón, según la descripción del doctor Zappella, era el destino del pequeño Nicola, era Nicola adulto y Nicola rey.

La descripción del niño autista invita además a una segunda evocación. De uno de los escritores franceses calificados como malditos, Alfred Jarry, el personaje central de *Ubú rey* es otro soberano necio. Sucio, vil y estúpido, Ubú es un timorato destructivo que se deshace de todo su séquito al creer reconocer en ellos a la traición. “Es un honor para mí anunciaros que, con el fin de enriquecer el reino voy a hacer que perezca la nobleza al tiempo que confisco sus bienes ... [t]raedme al primer noble y alcanzadme el gancho de la Nobleza. Quienes sean condenados a muerte, los haré pasar por la trampilla y caerán a los sótanos del Pica-Puercos y de la Letrin-Nucha, en donde se procederá a desesarlos” (Jarry, 1979 [1896]:129). Sus bolsillos están

llenos de instrumentos de suplicio que sólo existen en su mundo, y que describe con sus palabras carentes de sentido.

En medio de las sesiones de su corte, Ubú anuncia a sus súbditos que tiene métodos para hacer llover y para modificar el rumbo de los vientos, así como una serie de idiotas reformas tributarias con las que dirigirá su reino. Parodia descarnada y majadera del *Macbeth* de Shakespeare, Ubú tiene en sus locas manos la justicia, y locas son sus sentencias. No tiene piedad, pues su locura es ruin e inmoral e infinitamente tonta. Por ello, esta obra ha dado lugar a un adjetivo, nos dice Foucault (2000 [1999]), con el que se resume al déspota que es bufón y que por ello mismo aterrera, a la autoridad *ubuesca* de este rey que habla sin referentes su lengua *ubuesca*. De aquí que el Nicola de la historia sea el rey Ubú y que su conducta sea *ubuesca*, pues es un dictador que se remolca con sus nalgas, pero que ha sometido a su disposición perversa a todos los que tienen que ver con él. La suya es una enfermedad *ubuesca*, y su lugar es el de la realeza caída en desgracia.

No en vano, la locura es un hombre que sumerge su mano en los pliegues de su abrigo, se encasqueta hasta las cejas su sombrero y afirma, sin sombra de duda, que él es Napoleón.

El autómata

Joey ingresó a los nueve años de edad a la Escuela Ortogénica del doctor Bruno Bettelheim, institución en la que vivió durante varios años. El doctor Bettelheim hizo un extenso seguimiento del caso de Joey y registró su historia en uno de sus libros más famosos, el cual mencionaba al comenzar este capítulo. En unas ciento treinta páginas, el doctor describe con gran riqueza la vida de Joey en su Escuela, mostrándonos sus progresos y retrocesos, su manera de actuar, el contacto que tuvo con los otros niños de la institución, con los especialistas y con sus maestros.

En este texto, Joey cobra una vida intensa y maquina a un mismo tiempo fácil y difícil de imaginar con las descripciones del doctor Bettelheim. De acuerdo con el doctor, Joey poseía un vocabulario, hablaba, pero no decía cosa alguna. No comunicaba sus ideas y sentimientos más que trayendo a cuento objetos distintos a aquellos a los

que se refería, alejándose de las convenciones del lenguaje: no *decía*. Este autista, más que resultar una persona desviada, con acciones anormales, parecía no tener una vida personal propia; en palabras del doctor Bettelheim, no podía haberla, pues Joey, más que a un ser humano, se asemejaba a un electrodoméstico.

“... como el mundo que él encontró no le concedió ni un mínimo de autonomía, creó un mundo separado y propio ... Tenía que ser, en una palabra, un mundo de máquinas ... Si no lo manteníamos en el centro de nuestra atención, se escapaba a la pura nada. Eso es lo que nos suele pasar con los dispositivos mecánicos de nuestra casa ... en un momento parecía que no estaba allí, y al instante parecía una máquina con todos sus engranajes y transmisiones funcionando sin cesar” (1967:330-331).

Si bien el medio privó a Joey de su libre albedrío, según las palabras del escrito que acabo de exponer, él decidió hacer de sí un fárrago de dispositivos mecánicos con los cuales existía. De nuevo, el texto constituye un no sujeto con las posibilidades del llamado sujeto moderno elevadas a la enésima potencia, mostrando un niño que optó por crearse a través de máquinas, aunque no pudiese elegir cosa alguna, pasando por encima de toda norma y convención cultural al ubicarse afuera de todos los mundos posibles. Así, en una evidente doble valencia, el niño sin autonomía del doctor Bettelheim tomó autónomamente la decisión de apartarse de la normalidad para vivir, a su modo anormal, cual artificiosa maraña de cables y bombillos, amplificadores y corriente, circuitos y tomas eléctricas.

Joey era entonces, más que un niño, una pila de máquinas. Vivía a través de mecanismos sin relación entre sí y muy complejos, que, al ser privados de su fuente de energía, dejaban de funcionar hasta ser conectados de nuevo. Esta es la impresión del doctor Bettelheim, quien se hace a sí mismo, a los maestros de la Escuela, a los especialistas, así como lo hace con Joey, objeto de su discurso especializado. Este hecho refleja uno de los postulados del psicoanálisis, pues los diagnósticos, tratamientos, afirmaciones e interpretaciones reflejan no so-

lamente los deseos y terrores del paciente sino también los de quien se hace cargo de la terapia.

Este pequeño, descrito por el doctor Bettelheim, es un niño autista con todo lo que implica padecer de este trastorno. Pero a diferencia de los dos casos anteriores, el caso de Joey muestra al pequeño no solamente a partir de aquello que lo hace similar a otros pequeños, como son los síntomas del autismo, sino también en sus particularidades.

“Joey no era un niño autista tan perpetuamente ‘no existente’ como muchos otros ... los cuales, por su ferocidad, han sido comparados con animales y llamados niños ‘salvajes’. La suya no era una existencia humana reducida ni parecida a la de un animal. Era perfectamente ‘real’, cierto, pero su realidad era la de las máquinas ... su cuerpo, delgado como una hoja de papel, sus costillas salidas y el aspecto triste y hambriento de su rostro, no coincidían en momento alguno con la grandeza megalomaniaca que sacaba de la potencia de las máquinas” (1967:331-332).

Esta existencia maquina ligada a hélices, bombillos, lámparas, cables y corrientes eléctricas, surge en este caso a la manera de una decisión, pues para el doctor Bettelheim, no se nace autista, sino que constituye una elección hecha por el pequeño durante sus primeras semanas de vida, una respuesta a un ambiente que no le resulta favorable, con lo cual le devuelve su carácter de *individuo* capaz de actuar según su parecer. Por ello, dice el doctor, se trata de una *retirada* por parte de Joey, y no el producto de un daño neurológico o de una enfermedad que lo provoque, ni de una imposibilidad para decidir, como vemos en las líneas que siguen:

“Las condiciones de vida que llevaron a Joey a decidir ser un aparato mecánico en vez de una persona comenzaron antes de su nacimiento ... al nacer, su madre le consideraba ‘una cosa más que una persona’ ... ‘no reparaba nunca en que estaba encinta’ ... tampoco su nacimiento significó cambio de ninguna clase” (1967:335).

La resolución tomada por Joey se debía entonces a unas condiciones presentes en su medio familiar; más específicamente, siguiendo al

doctor Bettelheim, a la ausencia de afectos en casa. El bebé Joey parece no importarle a nadie, ya que

“fue recibido en este mundo sin amor, sin rechazo y sin ambivalencia ... nadie le tocaba nunca, salvo en caso necesario, nadie le acunó nunca ni jugó con él” (1967:337).

Varias veces al día, Joey cobraba vida con sus máquinas. En un momento estaba tranquilo, suspendido en un lugar distante, completamente inaccesible para quienes intentaban comunicarse con él. Al instante siguiente, movido por un impulso hasta aquí desconocido para sus doctores, Joey volaba en pedazos sus artefactos y luego, de nuevo, se tranquilizaba.

“En cuanto llegaba la hora de hacer explotar el mundo, este niño, que vivía en la calma más completa, mudo e inmóvil, se volvía completamente loco, corría y gritaba, tirando una bombilla o un motor ... tan pronto como el objeto lanzado se destrozaba y se apagaba el ruido, Joey moría con él ... una vez que la máquina había explotado, no quedaba ningún movimiento, nada en absoluto” (1967:332).

Según la narración del doctor, estos estallidos también habían tenido lugar en casa, con papá y mamá. A pesar de lo extraño de sus costumbres, los padres de Joey no acudieron a especialista alguno hasta que notaron que las palabras de Joey no estaban dirigidas más que a sí mismo. Inicialmente, el pequeño utilizaba su restringido léxico de la manera adecuada. Nombraba los alimentos y juguetes que deseaba y expresaba verbalmente sus necesidades. Pero en algún momento, Joey dejó de dirigirse a los demás. Para el doctor Bettelheim, esto ocurrió porque

“Viviendo en semejante vacío emocional y afectivo, el lenguaje de Joey, poco a poco, se fue volviendo abstracto, despersonalizado, distante ... su caso demuestra que lo que conduce a estos niños a desarrollar su lenguaje autista no es ninguna incapacidad específica, sino una elección deliberada de ellos” (1967:338).

Otra vez, se trata de tomar autónomamente la decisión de no ser autónomo. Aunque Joey se hablase sólo a sí mismo, esta no es la única característica con la cual se describe en este texto el uso del lenguaje por parte de los autistas. En una nota al pie que se encuentra mucho más adelante, se especifica la manera de hablar de los autistas como tal, pues no se trata únicamente de que se hablen a sí mismos.

“Fundamentalmente, estos niños sólo se hablan a sí mismos y de una manera que evite todo choque emocional. El lenguaje preciosista los protege de sentir la inmediatez de lo que dicen” (1967:366, nota al pie).

De nueva cuenta en la interpretación del doctor Bettelheim, el trastorno autista de Joey proviene de algún sitio secreto en su mente, no apareció allí de la nada, sino que fue una determinación tomada por Joey libremente. Entonces una máquina o un número indefinible de ellas tomó su lugar, haciendo de él un autómatas cuyas reacciones estaban dirigidas por entero por los flujos de energía que le alimentaban. Sin una fuente que le proporcionase energía, Joey no era nada, como podemos ver en el siguiente fragmento:

“Cuando no se entregaba a la imitación de motores –o, mejor dicho, cuando *él*⁶, no era un motor en marcha, que es como se experimentaba a sí mismo-, se sentía frustrado hasta el punto de que se hundía completamente” (1967:341).

A la edad correspondiente, ingresó en una escuela en la cual debía permanecer interno. Esta institución, de acuerdo con el doctor Bettelheim, tuvo un efecto negativo en Joey. Se replegó aún más hacia sí mismo, y poco a poco el mundo exterior desapareció para él. Como si se tratase de un efecto en cadena, la ausencia de afecto fue seguida por una falta de Joey aún mayor, con lo que, siguiendo las características de la enfermedad de Joey según Bettelheim, no podía más que acentuar su estado autista. Aquí, la explicación del mal del autista toma la forma de una ecuación, cuyos términos revelan que el vacío en Joey es directamente proporcional al vacío en su ambiente; o mejor, que

⁶ Énfasis en la edición citada.

entre menor sea el contenido de afecto en el medio, menor será el contenido de Joey, de *persona*, en el cuerpo del niño. Sin embargo, a la manera de los principios de la física, algo debe llenar el agujero. De esta forma, Joey se llenó de máquinas. Así, el circuito trazado por el doctor Bettelheim sobre su paciente se halla completo.

“Sometido al régimen represivo de la escuela interna, elaboró nuevas defensas ... las máquinas se apoderaron de él y empezó a expresar a través de ellas sus miedos y deseos. Como los seres humanos no alimentaban sus emociones y sentimientos, la electricidad haría sus veces. Como se sentía excluido del círculo de la humanidad se enchufó a otro círculo que le alimentase, el circuito eléctrico” (1967:343).

Este juego de equivalencias entre aspectos interiores y aspectos exteriores, ajenos al control de Joey, tiene lugar también en las interpretaciones del doctor Bettelheim sobre las preferencias de Joey con respecto a sus máquinas. Los ventiladores le resultaban sumamente atractivos, situación que según el doctor se explica por un evento de la infancia temprana del pequeño. El padre de Joey era militar, y en múltiples ocasiones, su esposa y su hijo lo acompañaron al aeropuerto. Para el doctor Bettelheim, las hélices que inicialmente representaban el alejamiento del padre habían acabado por ocupar el lugar de tan doloroso recuerdo, con lo cual, siguiendo este razonamiento, las hélices son al recuerdo lo que las máquinas son a Joey: lo reemplazan según su función, pues las hélices pueden ser utilizadas a voluntad, como deberían serlo sus recuerdos, y las máquinas viven en Joey como debería hacerlo su sí mismo. De nuevo, la descripción de una situación adopta la forma de una expresión matemática.

“Un ventilador eléctrico era una cosa que Joey podía desmontar y de nuevo montar. Lo comprendía ... si el ventilador podía sustituir a la experiencia total, si las máquinas podían ser tan totalmente importantes como sus padres, también podía sustituir a éstos y entonces él podría comprender y dominar la experiencia como tal” (1967:345).

El tratamiento de Joey debía entonces procurar que la fórmula que caracteriza al niño adopte sus términos originales, y de esta manera otorgarle un ser, una personalidad, una humanidad que había sido sustituida por las máquinas. Se ocuparían entonces de reemplazar unas funciones por otras, una reacción negativa por una positiva, una estructura que habitaba el cuerpo de Joey por otra que le devolviese su esencia de niño. Al inicio de este proceso, los intentos de los especialistas por adecuar al pequeño a una forma más normal son empleados por él de manera que las sustituciones no se realizan, como lo muestran las siguientes líneas:

“Durante los primeros meses intentamos tenazmente reducir la frecuencia y violencia de sus ‘explosiones’ y de su agresividad hacia los otros niños. Intentamos que lo dirigiera todo contra nosotros, en la esperanza de establecer con él aunque fuese una relación agresiva, que luego ya intentaríamos cambiar en algo más positivo ... todos nuestros juegos los transformaba en máquinas destructoras y amenazadoras” (1967:352).

La mejor opción fue entonces dirigir las malas acciones de Joey hacia sus doctores y maestros, pues de esta manera serían los especialistas quienes se convirtiesen en sus víctimas, ya que ellos estaban capacitados para comprender su sentido y ponerlo en términos diferentes pero equivalentes, proceso que no podía ser llevado a cabo por los padres, los otros niños y el personal administrativo, e incluso el mismo Joey, pues carecían de los instrumentos para ello.

“esperábamos que al volver su furor contra nosotros, podría mostrarse activo en una relación humana” (1967:359).

Tal reconfiguración de las significaciones, tal reorganización de los términos de la ecuación, comenzó a mostrar sus frutos un tiempo después del inicio de la estadía de Joey en la Escuela Ortogénica. En primer lugar, dice Bettelheim, se logró un reconocimiento por parte del pequeño que implicó un primer atisbo de humanidad en el autista. Joey comenzó por darse cuenta de que no solamente las personas y su

contacto con ellas lo destruían, sino que esta era también una propiedad de sus máquinas. Así, en la descripción del doctor Bettelheim, Joey comienza a encontrar aspectos positivos y negativos en sus máquinas, y la ecuación se recompone en estos nuevos términos.

“Poco a poco empezó a admitir que también la maquinaria y las lámparas le hacían daño. Ahora ya había lámparas buenas y malas ... antes el mundo en el que vivía era ‘informe y vacío y había tinieblas por encima del Abismo’; ahora, ‘dividió la luz de la oscuridad’. Pero no fue solamente una separación de luz y oscuridad; Joey empezaba a distinguir el bien del mal. Quien hace esto ya tiene una existencia humana en la tierra” (1967:361).

Una segunda muestra de mejoría es que, por primera vez en mucho tiempo, Joey vuelve a utilizar, de manera correcta, los pronombres; en particular el ‘yo’. Esto indicaba al doctor Bettelheim que el pequeño estaba dispuesto a expresar sentimientos e ideas, aunque estas resultasen cargadas de agresividad hacia sus padres. Era posible saber ahora algo acerca de Joey que proviniese de él mismo y no de las interpretaciones de los psicoanalistas. En la descripción del doctor Bettelheim, Joey habla, comunica, con lo que empieza a dejar atrás su autismo. Ahora es él quien se convierte en objeto, verdadero o no, de su propio discurso.

“‘Si mis padres estuvieran aquí, los mataría; no es la Escuela la mala; es culpa de mis padres. Si estuviesen aquí y si yo tuviese un ventilador, les haría meter los dedos dentro y se los cortaría en trocitos’. Era la primera indicación que nos daba de algo de lo que había detrás de su interés por los ventiladores” (1967:63).

Sin embargo, el niño aún no ha tomado el lugar de las máquinas en el texto. En lugar de hacerse de unas ya listas para que viviesen por él, Joey las elaboraba él mismo. El niño del doctor Bettelheim adquirió de esta forma otro rasgo de humanidad, acercándose más a esa normalidad que, como anotaba antes, no necesita ser descrita. Con una metáfora proveniente de una taxonomía de la evolución de la especie

humana. Joey, en este relato, se acercaba más a sus congéneres. Por primera vez hacía algo por sí mismo, con la ayuda de los especialistas; era capaz de crear, característica ésta que permite que comience a ser mostrado como más cercano a lo humano.

“Joey no abandonó el uso de las lámparas simplemente porque nosotros dejásemos de comprárselas. Era capaz de fabricárselas él ... se obligó a que Joey se afirmase de una manera más directa, al menos hasta el punto de elaborar los útiles que él creía necesarios para vivir. Habíamos creado así una situación que hacía de él, verdaderamente, un *homo faber*, un hombre creador de herramientas” (1967:364).

A pesar de haber mostrado mejoría, a pesar de poder construir algo por sí mismo, Joey aún no se ha humanizado en el texto. El pequeño autista que se dibuja en la historia parece no reconocer los límites de su cuerpo, según la interpretación que se revela en la narración. Si aún no es capaz de apropiarse de sí mismo, entonces continúa estando enfermo. El niño de las líneas que siguen aún está atrapado por su autismo, pues aún pueden localizarse en sus acciones las muestras de este padecimiento.

“Teníamos que ir con él, tenía que quitarse toda la ropa que llevase; no podía sentarse, sino ponerse en cuclillas encima de la taza y además tenía que tocar la pared con una mano mientras apretaba las lámparas que le daban energía para la eliminación. Con la otra mano se sostenía el pene, mientras defecaba, o se tapaba el ano si orinaba. Éste fue el primer indicio de sus temores de que por un orificio cualquiera se le pudiera ir todo el contenido de su cuerpo, que se le derramara todo su ‘relleno’” (1967:367).

La indiferenciación entre Joey y el resto del mundo que aparece en la historia hace parte de toda la elaboración del saber psicoanalítico en torno al trastorno autista, según la cual el universo de los niños de corta edad está bajo su dominio, como lo indica el texto mismo:

“Incluso la rotación de la tierra dependía de lo que él hiciese con su cuerpo. De una forma realmente extraña, contenía todas las ideas de omnipotencia que la teoría psicoanalítica atribuye al lactante satisfecho, pero sin ninguno de los sentimientos de seguridad y de importancia de sí que acompañan a estas ideas” (1967:374).

Joey, según esta historia, no distinguía entre adentro y afuera ni a los otros, pues no había un sí mismo que lo habitase. Desde esta perspectiva, toda cosa que Joey hiciese no provenía de sí mismo, pues cada una de sus acciones, como comer, leer o defecar hacía necesario el empleo de máquinas distintas, con principios de funcionamiento diferentes. Hacía falta un algo que unificase todos esos engranajes. Este es el rasgo unario del cual hablaremos en el capítulo próximo, el sí mismo que debía tomar el lugar del conjunto de máquinas en Joey.

En el texto, este rasgo unario provocaría en el autista un único artefacto encargado del pequeño en su totalidad, un sí mismo, que vinculase todas las máquinas de Joey, que se movían en él como un desordenado apiñamiento de engranajes diferentes. Se trata entonces de una máquina de máquinas, con lo que los bombillos, amplificadores, cables eléctricos, lámparas y circuitos que componían a Joey estarían bajo el dominio de un control único. La misma figura empleada para describir al Joey autista, la artificialidad de sus máquinas, es utilizada para describir aquello que la suplantaría, esto es, la máquina única, el dispositivo singular, el uno mismo.

“El aislamiento de las funciones, sometidas todas y cada una a ‘leyes’ y a ‘prevenciones’ distintas, exigía su personalización y sometimiento a la voluntad del sujeto. Después, tenían que ligarse entre sí, salir una tras otra de su respectivo aislamiento y empezar a funcionar de forma concertada, que es la propia del ser humano” (1967:395).

Este acoplamiento de las máquinas de Joey tenía lugar a través de otro artefacto: el circuito afectivo. Nuevamente, el proceso de humanización se desarrolla a la manera de un aparato electrónico, pues las emociones deben circular por los caminos que traza para ellas el circuito, atravesando sus elementos y conjurando la distancia entre

sus componentes con el fin de dar un resultado que es esperado, pues ya ha sido descrito. Había que desconectar a Joey de la corriente eléctrica y 'enchufarlo' al afecto para que se unificasen sus máquinas bajo el dominio de un único elemento que lo llevaba, a su vez, a reconocer al otro también como máquina de máquinas.

"Joey dio este paso fundamental cuando permitió conocer sus afectos. Tras eso se puso, muy lentamente, a reaccionar emocionalmente ante otras personas . . . tras haber adquirido la impresión o el sentimiento de sí mismo y haberse convertido en una persona, ahora Joey reconocía a los demás en tanto que personas" (1967:402).

El surgimiento de sí mismo en Joey que acabamos de ver se produjo, de acuerdo con la historia, en el momento en el cual el niño hizo uso de su libre albedrío, aquel que antagónicamente tenía y no tenía al mismo tiempo. Se trataba de una autonomía apenas en formación que estaba en él aunque él no estaba. Como si tuviese libertad de elección por el sólo hecho de haber nacido, Joey debía decidir con apenas un poco de ayuda por parte de los doctores, que quería dejar de no ser para darse paso a sí mismo. Era necesario para su curación, que este Joey autónomo optara por su autonomía, deseable pero aterradora, que indicaba que Joey podía transformarse a sí mismo, podía practicarse de manera distinta a como lo había hecho hasta el momento, acercándose a la normalidad, como podemos ver aquí:

"Para reconstruir sus vidas sin peligro, tienen que escoger la vía que deben seguir por sí mismos. Tienen que ejercer una autonomía que poseen de forma incipiente para hacer lo necesario que les conduzca a la adquisición plena de la autonomía . . . todo lo que podemos hacer es crear las mejores condiciones posibles para una aventura tan arriesgada" (1967:410).

Este proceso tuvo lugar gracias a la intervención de otros dos niños de la Escuela. Uno de ellos era Kenrad, apodado por el autor del texto como 'el terrible'. Kenrad era tres años mayor que Joey y tenía un talento para las matemáticas que solo podría calificarse como sobre-

natural. A través de los números, Kenrad dominaba el mundo. Joey comenzó por bautizar una de sus lámparas para defecar con el nombre de este otro niño. Luego, según lo que se sabía o se creía saber del mundo interior de Joey, en la cabeza de este último el auténtico Kenrad, según la historia, entró en un sangriento combate con Kenrad la lámpara hasta derrotarla, con lo cual Joey tuvo que defecar por sí mismo, pues su lámpara había sido vencida. En el texto, la reacción de Joey al notar que podía eliminar sin máquinas fue de una alegría absoluta. A partir de entonces, cada vez que Joey quería decir algo de sí mismo, lo hacía como si estuviese hablando de Kenrad. Esto es descrito como un enorme progreso de parte de Joey, pues comienza a exhalar humanidad de una manera más comprensible para sus doctores. Nuevamente, es Joey quien elige mostrarse, acudiendo otra vez a su autonomía del llamado sujeto moderno, aunque es un no sujeto.

“Joey había conseguido exteriorizar mejor sus preocupaciones interiores y, al proyectarlas sobre otra persona, las había hecho más humanas ... en vez de negar su vulnerabilidad ocultándola detrás de una existencia máquinial, se enfrentaba cara a cara a su deseo de vivir en una dependencia gratificadora” (1967:420).

El segundo niño que, según el texto, le devolvió la existencia a Joey, fue Mitchell esta vez llamado por Bettelheim, ‘el bueno’, que es también el apodo de Edipo en la tragedia de Sófocles (2002 [440-425 a. C.]). También un par de años mayor que Joey, Mitchell era otro ‘paciente’ de la Escuela, y según el doctor Bettelheim, menos enfermo que los dos anteriores. Joey lo llamaba por su nombre, y lo veía lleno de cualidades positivas, ya que todo lo malo había quedado en Kenrad. Pasado un tiempo, Mitchell se fue de la Escuela, y Joey se inventó un compañero llamado Valvus, que según las palabras del propio autista era “como él”. Según el texto, Kenrad era el *ello* de Joey, Mitchell era su *superyó* y Valvus era su *yo*. Pero Valvus no podía cumplir a cabalidad con este papel, pues era un amiguito imaginario.

“Ciertamente, era todavía un yo exteriorizado y mecanizado, pero un yo a fin de cuentas ... no se trataba todavía de una verdadera personali-

dad, porque ésta no se puede desarrollar mediante contactos imaginarios con otros" (1967:435).

Este mundo de relaciones imaginarias descrito por la historia corresponde a la descripción psicoanalítica de las psicosis, de acuerdo con lo que anoto en el capítulo siguiente. En este punto, el doctor Bettelheim acude a la figura mítica, el complejo de Edipo, para explicar la razón por la cual Joey ha decidido enfermarse, y la manera en la que tiene lugar esta retirada. Como lo implica el uso de Edipo para este saber, todo el problema se centra en la ecuación originaria padre-madre-hijo-falo, $3+1$, cuyos resultados no se han producido de forma correcta pues ha tenido lugar una alteración en los términos que la componen. En este caso los padres no se han ubicado en sus posiciones, con lo que Joey no ha realizado los desplazamientos necesarios para convertirse en sujeto. Como sus padres están ausentes de la fórmula en el orden correcto, él podría hallarlos en cualquier otro. Según la narración,

"La historia de Édipo rey nos dice lo siguiente: sucederá una tragedia a los padres y a los hijos si los padres abandonan a los hijos y no les dan ningún lugar en su vida íntima. Los niños autistas ... creen escapar al destino de Edipo cortando absolutamente todo contacto con personas. Como no saben quienes son sus padres –porque, desde el punto de vista de los afectos, el padre biológico no se convierte en el verdadero padre mas que gracias a unas relaciones íntimas-, creen que puede serlo cualquier persona que encuentran. Por eso más vale no acercarse a nadie" (1967:438).

Aquí, las máquinas aparecen de nuevo en el texto en la forma en que ha sido descrita anteriormente, ya que la máquina de máquinas que satisfaría las condiciones del problema edípico no se ha producido, y el proceso que daría lugar a un dispositivo que alinee los trozos de niño bajo un único término ha sufrido una profunda alteración. El camino a seguir por las experiencias en el mundo dentro del circuito es diferente al que se ha llamado normal, con lo cual las tareas que dicho circuito debería realizar son reemplazadas con otras, esperadas tam-

bién porque, al igual que en el circuito normal, han sido trazadas con anterioridad. El producto de estas operaciones hechas por caminos configurados con términos perturbados es, por lo tanto, un producto alterado, un pequeño trastornado.

“Los motores eléctricos son alimentados con corriente alterna, fuente de energía que cambia constantemente de signo, pasando del positivo al negativo. Ahí nunca hay reposo ni solución. Nunca hay energía neutralizada, término tomado por el psicoanálisis para describir la energía del yo que utilizamos para relacionarnos con el mundo exterior. Joey utilizaba toda esa energía para ver, comprender, temer y evitar la comprensión” (1967:438).

Como la gran parte de tales componentes está constituida por otros, por máquinas de máquinas con las cuales el niño debía conectarse, las vías del circuito deberían a su vez contener también elementos que le permitiesen conectarse, dentro de circuitos más amplios, a esas otras máquinas. La expresión matemática que define el circuito está así averiada por errores en sus algoritmos. Ya que no hay caminos para comunicarse con otros, no queda más que dirigirse tan sólo a sí mismo.

Sin embargo, hace falta más que trazar dichas vías para conectarse con los demás. Tales caminos, según el texto, tienen la característica de *permitir la doble vía*, pues no solamente se recibe a través de ellos, sino que también hay que dar. El Joey del texto del doctor Bettelheim no se convertirá en *persona*, en su acepción de *individuo*, en sí mismo, solamente porque demande afecto, sino que, de la misma manera, tiene que devolver el que recibe. La reciprocidad es entonces la característica que concede a cada cual una existencia plenamente humana, pues la autonomía, como hemos visto, restituye a Joey su estatuto de sujeto si bien le mantiene como no sujeto, pero no autoriza a entregarle el título de *persona*, de humano, si la reciprocidad sigue ausente.

“Renacer, ser capaz de sentir emociones e incluso desear ser amado, todavía no constituyen una existencia plenamente humana. Hace

falta, además, ser activo, tender deliberadamente la mano a otro para obtener calor y afecto, atreverse a llenar uno mismo el foso entre sí y otro, tender la mano y cambiar por intimidad la separación física de los cuerpos, amar y no solamente disfrutar siendo amado" (1967:455).

Tal correspondencia mutua fue, conforme a la narración, la mayor ganancia de Joey en la Escuela Ortogénica y en la interacción con quienes allí se hallaban. Finalmente, en la historia, le es concedida al pequeño su humanidad. Desde esta perspectiva, el responder a los otros, el insertarse en el circuito con la máquina de máquinas produjo en Joey la curación de su autismo, ya que, según las últimas frases del texto,

"Joey se había liberado realmente del círculo vicioso en el cual giraba sin fin, entre el deseo y el miedo. Él mismo había cambiado el curso de los acontecimientos y había sido capaz, al fin, de hacer frente a la vida" (1967:468).

Lejos de la oscuridad nocturna, Joey ha encontrado la verdad. Al igual que en el caso de Nicola, la curación de Joey es, ante todo, una restitución de su autonomía. De nueva cuenta el autista se deshace de sus ataduras. En este segmento de la historia, la figura del círculo indica que la enfermedad de Joey consistía en un eterno retorno hacia único punto, pues no hay nada más porque no hay forma de comunicarse con el exterior, y la cura rompe este círculo posibilitándole un encuentro con los otros. Esta liberación, como puede verse, estaba en manos de Joey mismo, pues fue él, quien modificó la ruta que le conducía a un mundo diferente para dirigirse al adentro, a la normalidad. De nuevo, se diría que fue él quien lo eligió, pero esta vez para hacerse a su posición de sujeto como sujeto y no como otra cosa. En esta situación, dicho estatuto se carga de la significación que le corresponde al *individuo*, pues se ubica dentro de todas las convenciones, se mueve dentro de los límites. En el texto, Joey ha dejado de huir para habitar en uno de los mundos posibles de su sociedad, alejándose por fin de su universo propio. También Joey se ha desatado.

El autista mostrado por el doctor Bettelheim en esta historia es todo lo contrario a una persona: una compleja combinación de máqui-

nas completamente aisladas entre sí. Con una narración que acerca por momentos a proposiciones cartesianas, el texto constituye una especie de enfermo mental completamente antinatural, pues las máquinas son aquello concebido como más artificioso, más opuesto a una esencia humana. Sin capacidad para sentir, con la necesidad permanente de estar conectado a la corriente eléctrica, Joey es lo menos niño que se pueda llegar a ser. Las emociones habrían de hacer de él un sujeto, y la reciprocidad se encargaría de humanizarlo.

Este niño máquina, tan inhumano bajo el criterio del doctor Bettelheim, tiene, sin embargo, uno de los rasgos distintivos del llamado sujeto moderno, pues a pesar de las limitaciones de las que padece a causa de su enfermedad, a pesar de que estaba privado de la posibilidad de decidir, del afecto, de un ser, un sí mismo, fue él quien eligió ponerse en esta situación. Él se retiró del mundo y se creó uno propio, una realidad completamente ajena a aquella en la cual debería vivir. Nació con la capacidad de pasar por sobre toda norma cultural para crear un universo diferente al nuestro, aunque sea este último el que le es constitutivo como individuo, y a un mismo tiempo como enfermo. Este mundo autista, repleto de máquinas, se convierte a lo largo de la narración en la prueba de una autonomía inherente a Joey, pero vacía de él mismo. Es el sujeto Joey capaz de decidir por sí mismo pero tan no sujeto y tan sujeto incompleto como lo demanda su padecimiento.

Esta historia revela una tercera representación constitutiva de la enfermedad mental: el niño autista es descrito como un aparato mecánico, una máquina incapaz de sentir nada distinto al odio o la indiferencia por el mundo que le rodea o de construirse un mundo propio, tan maquinal como él, sin contradicciones. Esta imagen del androide ha surgido en nuestras sociedades como un espejo romántico y victoriano, efectivo a través del psicoanálisis, de los seres humanos. Durante el siglo XIX dio lugar a muchas reflexiones acerca de la vida y de la muerte, de que el hombre fuese o no capaz de dotar a las máquinas del soplo de la vida, así como se creía con el derecho de arrebatarlo.

Ese es el caso del *Frankenstein* de Mary W. Shelley (1981 [1817]). Rechazado por su hacedor, hijo odiado, Frankenstein pasó su vida ocultándose, abominando la compañía de la gente y a un mismo tiem-

po deseándola. "No había tenido un padre que cuidase de mi infancia, ni una madre que me bendijese con sus sonrisas y caricias; y si los tuve, toda mi vida pasada no era ahora sino tiniebla, un ciego vacío en el que no distinguía nada" (1981 [1817]:145). El autómatas, elaborado a partir de retazos de otros, era un huérfano que nunca conoció el afecto, no porque careciese de un creador, pues está siempre cerca del suyo, sino porque éste no le acepta: es su obra monstruosa.

Por ello, el artefacto abandonado comienza a cultivar el odio hacia su hacedor, hacia todas las personas, y consagra su vida a idear formas de destruir a quien lo erigió, tal y como Joey pretendía, según el doctor Bettelheim, destrozar los dedos de sus padres mientras se reconoce como un otro perverso y solitario de los seres humanos, y, al igual que Joey, como su estadio primario más abyecto: "Como Adán, yo no parecía tener lazo alguno con los demás seres; pero su estado era muy distinto del mío en los demás aspectos. De las manos de Dios había salido una criatura perfecta, próspera y feliz, protegida por el especial cuidado de su Creador; se le había permitido conversar con seres de naturaleza superior y adquirir de ellos su saber; en cambio, yo era desdichado, estaba desamparado y solo" (1981 [1817]). Debido a ese primitivismo trazado por el autor de la historia, para constituirse en humano Joey tendría que recorrer desde sus comienzos el camino de la humanización que hemos realizado todos, pero desprovisto de guía. Frankenstein estaba imposibilitado para hacerlo pues su deformidad estaba fuera de su control, y en ello Joey se separa de él. Pero sus similitudes son innegables.

Sumada a la forma romántica de *Frankenstein*, el autómatas adquiere en la descripción algunos atributos propios de los artificios en la época victoriana. Una vez devuelta la voz a la sinrazón como un efecto de los procesos descritos por Foucault, de los cuales el psicoanálisis es abanderado (2000 [1964]), se crean las condiciones para que la clínica dé cabida en sus textos a las interpretaciones acerca de lo que piensan los enfermos. La literatura victoriana revela estos cambios, y de la misma forma en que Bettelheim supone en su escrito los pensamientos y sentimientos de Joey, Mrs Clifford plasma los de su *Niño de Madera* en el cuento: "los seres humanos solamente le provocaban extrañeza, como si no fueran sus semejantes y una barrera los separa-

se de él" (Clifford, 1993 [1892]:104). Al igual que Tony, protagonista de la historia de la escritora inglesa, el Joey del psicoanalista austro americano va convirtiéndose, poco a poco, en un artefacto inaccesible cuya vida interior sólo se conoce por un narrador externo y onnisapiente que la dibuja en el papel.

El seductor

R... es un pequeño autista de trece años de edad que participó en los talleres de socialización que se llevaron a cabo en la escuela Samper Mendoza. Es un muchacho moreno con unos enormes ojos negros, del mismo color de su cabello, coronados por unas cejas pobladas muy bien delineadas. Es bastante alto y delgado, y de hombros anchos. Vestía siempre de la misma manera: pantalones de paracaidista con camisetitas de colores oscuros.

Yo lo conocí en la segunda jornada de los talleres. R... estaba acostado en el suelo, enroscado como un caracol debajo de una colchoneta que apestaba a material didáctico de escuela primaria. Me tomó por el brazo y trató de arrastrarme debajo de la colchoneta, pero yo no soportaba el olor y se lo dije. Después de saludarme con un "hola" muy expresivo, yo le pregunté su nombre, pero en lugar de decírmelo me pidió que lo adivinara. Yo le pregunté si comenzaba por A y me dijo "no". Seguí entonces con la B, la C, la D ... hasta llegar a la R. Cuando me dijo que esa sí era, tuve que continuar con la declamación del alfabeto hasta completar el número de letras y luego organizarlas para obtener el nombre. En cuanto se lo dije, me miró a los ojos y se cubrió del todo con su colchoneta sin más.

Asumí que no quería decirme cosa alguna, así que me puse a leerle a otros tres niños la guía turística de Colombia de 1997 publicada por Terpel, el texto favorito de los autistas de la escuela. En ese momento R... dijo con voz suave pero perfectamente comprensible "voy al baño", y como ninguno de los niños debía deambular solo por la escuela yo salí con él y lo acompañé, preguntándome cómo haría para sostener y ayudar con la ropa al mismo tiempo a un niño tan grande en caso de que no pudiese hacerlo por sus propios medios, pero al ponerse frente al inodoro R... me dio con la puerta en la nariz y se desahogó sin mi asistencia.

Una vez en el salón de nuevo, un practicante me miró entrar tras R..., se me acercó y me preguntó con una media sonrisa en el rostro:

-¿R... te hizo alguna propuesta indecente?

-¿Indecente? No. No creo que sea indecencia, pero cuando estábamos sentados en esa esquina él me haló del brazo y trató de arrastrarme debajo de esa colchonetaapestosa- dije mientras lo miraba con sorpresa.

-Bueno, pues entonces yo me voy a meter debajo de la colchoneta con él- dijo el practicante riendo.

Yo me encogí de hombros y me dirigí de nuevo a mi esquina de la lectura. Olvidé el incidente hasta que varias semanas después, en una de las reuniones de planeación de los talleres a la que llegué algo tarde, escuché a dos o tres pasantes decir que R... siempre las presionaba para que se metieran debajo de la colchoneta con Dios sabe qué oscuros objetivos.

-Sí-decía una muchacha-. A mí también ha tratado de hacerme lo mismo. Pero yo siempre le digo que no, porque él tiene que aprender que eso no se hace. Además que no puede seguir faltándonos al respeto. Ese no es el contexto para hacer esas cosas. Y tiene que contar con las muchachas que molesta.

Yo abrí los ojos como platos tratando de disimular el asombro, pero en ese momento el practicante que me había cuestionado acerca de R... la primera ocasión, dijo frente a todos

-A ti te pasó lo mismo, ¿no?

-Sí-dije yo tratando de entender cuál era el problema y sin saber qué decir, pues yo no sentía que me faltara al respeto-R... siempre me saluda con un "hola", un beso en la mejilla y una bajada de la cremallera de la chaqueta, y yo siempre lo miro y le digo "ole" sin rabia y sin alegría-continué, recordando en voz alta las bienvenidas de R... .

-¿Y cómo te sientes frente a eso?-dijo el practicante

-¿Cómo así que cómo me siento? ¡pues igual!-dije yo-Él hace lo que hacen todos los adolescentes: es un muchacho grande y quizá quiera

una novia, lo que pasa es que el muchacho no es muy ducho que digamos en el arte de la seducción- dije reprimiendo las ganas de reír. Pero vi la preocupación en sus rostros, y pensé que había actuado mal con R... .
-¿y entonces qué debo hacer?-pregunté.

-No te quedes tan tranquila frente a él-dijo otro practicante-. R... tiene que saber que hay cosas que no se hacen sin aprobación de los otros y eso está mal. Solo que él es demasiado inocente como para darse cuenta.

-Por eso es que tú tienes que decirle muy claramente que no-dijo otra practicante-porque esa es la única manera en que ellos pueden corregirse y tiene que ser así.

En la siguiente ocasión en que lo vi y me recibió con sus levantadas de ropa, respondí, como me dijeron que debía hacerlo, con un "con sus cosas haga lo que se le ocurra pero con las mías no porque son mías" y un fruncimiento del ceño. Pero R... nunca dejó de saludarme así, y los psicólogos nunca dejaron de preguntarme a pesar de que yo no era la única perseguida por el pequeño donjuán, apodo con el que los psicólogos calificaron a R... un par de veces, así que ensayé toda clase de respuestas desde "por qué no te quitas tú la camiseta" o "no quiero porque tengo frío", pero nada funcionó.

-¿Y tú haces lo que le dices a R... que vas a hacer?- me preguntó en otra ocasión un practicante.

-Sí, si yo le digo que me voy a ir a leer con L... y con G... y con los otros pues yo me siento y lo hago- le respondí, un poco molesta pues me sentía acosada por los psicólogos.

-Hay que ser firmes con R... . Hay que decirle siempre firmemente que no- seguía diciendo el practicante, mirando al vacío. Parecía no estar muy preocupado. Eran algunas muchachas las que se mostraban incómodas con R... .

Una tarde, un par de meses después, la mamá de R... entró al salón después de que habían salido todos los niños y me dijo con un poco de temor:

-Discúlpeme, señorita. Yo sé que usted entiende porque es una estudiante, pero es que mi chinito es todo un enamorado. Yo le he dicho mil veces que primero tiene que estudiar y después consigue novia, pero es que a él le gustan todas.

Yo le dije que no se preocupara, que yo comprendía bien la situación y que para mí no era un problema. En la siguiente ocasión en que pude hablar con el coordinador de los talleres le conté acerca de la visita de la mamá de R... y le pregunté porqué ella había hecho eso. Él me dijo que para todos era una situación preocupante y era necesario hacer algo al respecto. Mi condición de antropóloga me hacía menos capaz de comprender lo que sucedía y por eso se inquietaban tanto por mí.

La verdad es que no había razón para preocuparse. En mi opinión R... no era más que un niño, pero para ellos parecía representar, al mismo tiempo una muestra de ingenuidad y un tremendo peligro. Durante meses se comentó su caso, manifestándose acerca de su manera de saludar y de su costumbre de intentar meter a las niñas debajo de la colchoneta.

-Recuerda- me decían -que aquí los estamos tratando como iguales. R... tiene que entender que en esas relaciones sujeto a sujeto hay límites. Tiene que saber que tiene límites, que ni tú ni nadie es un objeto a su disposición. Por eso hay que construirle límites.

Una semana después reflexioné por primera vez acerca de la preocupación de pasantes y practicantes por mí. Yo estaba caminando con R... y con O... por ahí. O... se apartó de mí para ir a jugar fútbol con los muchachos. Yo le até bien los zapatos y la dejé frente a una meta de una cancha aunque ella siempre pateaba el balón en sentido contrario. Mientras tanto, yo me senté en el suelo con R... y no habíamos terminado de acomodarnos cuando él me abrió la chaqueta.

-Hombre pero mira que está empezando a llover. ¿Tú no tienes frío? Porque yo sí- le dije mientras me subía la cremallera. Pero él volvió a

bajarla- Que no, R..., te vas a meter un día en un problema por andar en estas. ¿Por qué no preguntas primero, ah?

Escuche un par de murmullos a mi lado, y vi entonces que se trataba de tres pasantes que habían visto toda la escena. Por primera vez me puse en su lugar, y me di cuenta de que aquellos momentos en que R... hacía estas cosas debían resultar impresionantes ante los ojos de un observador. Me propuse ser más firme con R... . En la siguiente reunión, como era de esperarse, se comentaron de nuevo las costumbres del niño, esta vez, estando María Elvia presente.

-¿Le has dicho que no a R...?- me dijo un practicante -¿qué le dices cuando te hala o cuando te desviste?

-Pues yo siempre tengo varios niños encima, a L... y a S..., y siempre le digo a R... que venga y haga lo que nosotros estamos haciendo con nosotros- respondí por enésima vez.

-Haz lo que le dices que vas a hacer- me dijo, como siempre me decía-. Pero dile las cosas con fuerza. No negocies con él. Sé firme- me decía.

-Miren, yo estuve leyendo en internet unos artículos sobre la sexualidad de los autistas- intervino María Elvia-. Eran malos, la verdad. Se trataban de si un autista es capaz de violar a otras personas. Y no concluían nada. Ustedes saben muy bien que ese asunto de la sexualidad de los autistas es una cosa muy complicada. Lo mejor es que le dejen eso a los terapeutas de cada niño, y ustedes se concentren en los talleres de socialización, porque para eso están aquí, ¿bueno? Yo no creo que R... sea capaz de hacerle nada a nadie. ¿Alguna de ustedes se ha metido debajo de la colchoneta con él a ver si de verdad es capaz de hacer algo?-dijo dirigiéndose a las mujeres.

Intervino una practicante y dijo que R... nunca le hacía propuestas indecentes a ella, pero ella lo siguió una vez hasta la colchoneta y se metió debajo con él. R... no hizo cosa alguna. Ella le preguntó por la razón por la cual él quería desnudar a todas las niñas. R... le contestó que simplemente quería que todas fuéramos como sus hermanas. "¿Y cómo son tus hermanas?" dijo la practicante que le preguntó. R... le

respondió que sus hermanas eran muy cariñosas, que dormían con él todas las noches, que se desnudaban y se tocaban. Con la lámpara roja del incesto encendida en sus ojos, la practicante acudió inmediatamente a la mamá de R... y le preguntó porqué el niño, siendo tan grande, dormía aún con sus hermanas. La madre le contestó que R... no tenía hermanas. La practicante, ocultando su asombro, nos contaba, le preguntó entonces a la mamá de R... si él dormía con ella. La señora le respondió que R... dormía solo en un cuarto desde que era muy pequeño.

Todos los practicantes y pasantes se miraron entre sí, terriblemente sorprendidos. Yo miraba a María Elvia pensando que siempre se podía estar un poco más loco, y esperaba su respuesta. Ella dijo entonces que no había razones para preocuparse tanto y que todo lo que podíamos hacer era negarnos a las propuestas de R... .

-No se dejen desvestir. Díganle que no quieren, pero bien firmes. Y no se preocupen por él.

En otra ocasión una pasante dijo que había visto a R... mirando "con deseo" a una inocente niña autista que no tenía más de seis años. He de confesar aquí que yo lo vi alguna vez mirando "con deseo" a L..., un niño de doce. Nunca se los dije. No puedo imaginar la clase de repercusiones que tendría el que R... mirase a un niño, hombre como él, "con deseo". Indagué acerca de lo que sucedía con J..., la niña autista a la que R... miraba "con deseo".

-Pues es que este niño mira a J... con deseo y ella no tiene sino seis años, es muy chiquita- dijo la pasante. Reflexionó un momento y continuó-. Claro que eso también es como culpa de ella, porque ella siempre va con las botas y la camiseta ombliguera y la faldita toda cortica-dijo, haciendo gestos con las manos-, y se pasa toda la tarde bailando frente al espejo sin pararle bolas a nadie; es que ella es como seductora.

-Además- dijo una practicante -R... tiene una fijación por la seducción. Fíjense en los gestos que hace y cómo se mueve. Él es todo un seductor.

La discusión no terminó ahí. Seis meses después, R... seguía siendo la preocupación principal de algunas de las pasantes. Una de las pasantes, la misma que se preocupaba por la falta de recato de las prendas de vestir de J..., preguntó a uno de sus profesores acerca de lo que se podía hacer con R... y sus coqueterías. El profesor le dijo que quizá R... no sabía cómo complacerse a sí mismo, y que había que enseñarlo a hacerlo.

-De pronto él no sabe como satisfacerse- decían-. Alguien tiene que enseñarle esa tarea, pues quizá él busca sentirse bien incomodando a las muchachas.

Para los practicantes y pasantes, esta era una muestra de la inocencia de R... : ¡ni siquiera sabía tocarse él mismo!. El más adecuado para este adiestramiento era el padre de R... . Sólo que R... no tenía padre.

-Pues entonces que le enseñe la mamá- dije yo.

Me miraron como si de mi boca hubiese brotado la peor de las blasfemias, y me dijeron que ella no debía hacer eso. En ese momento me di cuenta de que acababa de invocar a Edipo en medio de una reunión de psicoanalistas. Se decidió, en últimas, que debía hacerlo el coordinador de los talleres. Durante esta discusión, que duró más de dos horas, no se mencionó la palabra masturbación ni sus derivadas ni una sola vez.

En mi opinión, el valor de este caso radica en las cargas de significación que llevaba consigo el diagnóstico de autismo que pesaba sobre R..., más allá de manierismos y alteraciones en la comunicación. Por una parte era un niño con un problema mental, un niño inocente e incapaz de masturbarse que necesitaba ser protegido, y a la vez era un depravado cuya única intención era satisfacerse, dar rienda suelta a sus pasiones pasando por encima de la voluntad de sus víctimas. Puede hacerse la misma observación para el caso de J..., la cándida niña de seis años a quien R... miraba "con deseo", la misma niña que usaba ropa indecorosa y que danzaba sensualmente ante un espejo.

Lo que se encuentra en este caso es el peligro de la sexualidad descontrolada de la enfermedad mental: la sinrazón es pura, desvalida, exenta de toda responsabilidad, pues no es capaz de distinguir entre el bien y el mal, pero precisamente por esto último, es riesgosa, perversa y maligna, pues puede (y de hecho lo hace) causar daños al cuerpo social al atreverse a manifestar fuera de contexto su sexualidad exuberante. El trastorno mental es culpable y no culpable a un mismo tiempo; si se me permite parafrasear aquí a Mary Douglas, la sexualidad de la sinrazón es pureza y peligro.

Como lo señala Michel Foucault, la emergencia del dispositivo de regulación social denominado sexualidad y su inclusión en la institución de la familia a través de la concepción del niño como una figura inocente y perversa al mismo tiempo, son los factores que han hecho posible la génesis y ubicación del psicoanálisis en un lugar privilegiado dentro de las ciencias que se ocupan de los anormales y dentro de las ciencias humanas (2000 [1964]; 2002 [1976]; 2001 [1964]). El psicoanálisis no puede tener lugar más que en un contexto en el cual la normalización del deseo y el problema del incesto se conviertan en puntos centrales dentro de la configuración cultural llamada occidental, pues "a las luces de su ingenuidad, el psicoanálisis ha visto bien que toda locura tiene sus raíces en alguna sexualidad perturbada; pero eso sólo tiene sentido en la medida en que nuestra cultura, por una elección que caracteriza su clasicismo, ha colocado la sexualidad sobre la línea divisoria de la sinrazón ... y, bien pronto, por vía de consecuencia y de degradación, entre la salud y la enfermedad, entre lo normal y lo anormal" (Foucault, 2000 [1964] I: 142).

Este caso me permitió aproximarme a la cuarta representación constitutiva de la sinrazón presente en la clínica del autismo. Se trata del seductor empedernido y poco efectivo, surgido en la época clásica; el que intenta cautivar y engañar pero, por acción de su enfermedad, no lo alcanza. Es un Don Juan inacabado, pues no consigue persuadir a pesar de su perseverancia. R... fue nombrado Don Juan por los psicólogos, por su mamá, por mí misma; con ese nombre fue investido de propiedades, y por ese nombre se establecieron los modos de relacionarse con él. Por eso, toda mujer que se le acercase estaba expuesta, para quienes rodeábamos a R..., a su inútil galanteo.

El apelativo de Don Juan tiene, en el caso de R..., dos caras. Para los psicólogos, R... era un Don Juan Tenorio con problemas de comunicación. Según la historia del cortés perverso de Sevilla contada por escritores españoles desde el siglo XVII, Don Juan seduce y abandona a *todas* las mujeres y es redimido por el amor de una mujer inocente (Zorrilla, 1964 [1844]) o castigado con el infierno (De Molina, 1964 [1630]). Como en la descripción de R... hecha una y otra vez por los psicólogos en contextos distintos, y aún por su mamá, Don Juan no es selectivo con sus amadas, sino que le gustan todas, y a todas intenta aproximarse: bien lo expresa el libretista de *Don Giovanni* de Mozart, Lorenzo da Ponte, poniendo en boca del siervo del personaje principal que en la lista de conquistas de Don Giovanni "v'han donne d'ogni grado, d'ogni forma, d'ogni età ... non si pica se sia ricca, se sia brutta, se sia bella; purché porti la gonnella"⁹ (Mozart, 2000 [1791]). Si bien no lleva a término sus seducciones, no se rinde, y en esto, R... es un Don Juan en suspenso.

Existe sin embargo una segunda cara: R... tiene una fijación por la seducción, y por ello es siempre el conquistado. Lo embruja una niña de seis años aún más indiferente al mundo que él, tanto como lo hacían las psicólogas o yo. Para mí, en mi descripción del caso, R... es el Don Juan de Lord Byron, quien "en vez de cortejar a la corte, era cortejado" (Byron, 1994 [1818-1823]:967, X-29,1), y por ello es inocente. Este Don Juan cae en las redes de Doña Julia quien lo utiliza, de Haidée que lo sofoca, de Gulbeyaz que lo esclaviza, de Dudú quien lo seduce, de Catalina II quien se encapricha con él, de Aurora Raby, Lady Adeline Amundeville y la duquesa Fitz-Fulke, con quien está a punto de caer cuando el poema se interrumpe.

En la descripción, R..., como Don Juan, es "[i]ndolente y pensativo, inquieto, callado y moroso,/ por la foresta solitaria abandonó su hogar,/ atormentado por una herida que desconocía/ y sumergiéndose, como en honda pena, en la soledad" (Byron, 1994 [1818-1823]: 163, I-87). Su refugio es la seducción, y en ella es el más solitario de todos: "A mí me gusta la soledad y todo lo que se le parece,/ pero os he de rogar ser comprendido:/ por soledad entiendo la de un sultán, no/ la del ermi-

⁹ "Mujeres de todo rango, de toda forma, de toda edad... no le importa si es rica, si es fea, si es bella, mientras vista una falda".

taño, con un harén por gruta" (Ibíd.). Para esta historia, R... como Don Juan, no es el seductor sino el seducido.

Conclusión

Como hemos visto, los expertos asignan pensamientos y deseos a los autistas. Aplican sobre los pequeños rejillas en las que se especifican los síntomas de su trastorno y su tratamiento. Miden, marcando las distancias entre doctores y sus pacientes, la dimensión de los síntomas y de los trastornos. Diferencian enfermedades entre sí haciendo uso de escalas. Se introducen en la cabeza de los enfermos, haciendo surgir con diversas metáforas la rica e inquietante vida interior de sus protagonistas como representaciones de la enfermedad. Narran las terapéuticas, exponiendo métodos y resultados. Corrigen diagnósticos, evalúan, intervienen, curan.

Pero, además de mostrar situaciones como las que acabo de enumerar, también las crean. Los especialistas imaginan esos mundos dentro de la cabeza de sus protagonistas desde su propia concepción del síndrome, haciéndolos posibles a partir del instante en que los narran. Elaboran la enfermedad y sus formas de expresión, en el marco de las convenciones sociales, tanto como a los médicos y a los pacientes: son estos sistemas de representación, como prácticas sociales, los que son constitutivos de ambos como sujetos, pues es en ellos en los que médico y enfermo juegan sus roles, dando vida de esta manera a la enfermedad, a la normalidad, a los procesos terapéuticos en los cuales se pasa de la primera a la segunda y a los factores que de algún modo llevaron de la segunda a la primera. Le dan a los sujetos de los que son constitutivos un estatuto al asignarles unas posiciones determinadas. No se habla en ellos solamente de los pacientes, sino también de los especialistas.

En los casos que describí en este capítulo, los autistas adquieren sus propias dimensiones, se hacen 'conocibles' para quien las lee. Ya sea que se esté hablando de estereotipos, limitaciones y repeticiones en el cuerpo de un muchacho, de un amo ridículo que ha perdido la razón pero ha puesto a sus congéneres bajo su dominio, de máquinas desvinculadas entre sí, extrañas y despersonalizadas, cuya única ca-

racterística común es la de habitar el mismo niño, o de coquetos ingenuos e incorregibles, estas historias construyen a sus protagonistas como anormales, como habitantes de un planeta distante cuya ubicación exacta nos resulta ajena, pero sobre el cual se sabe, sin lugar a dudas, que no queda en el nuestro.

Mas sin embargo, este mundo localizado en el afuera de las convenciones sociales, *hogar de cuerpos deformes, sin límites ni poseedores* que son los no sujetos, asujetos y sujetos incompletos y en esta medida tierra de nadie, no es desconocido. Está dentro de las posibilidades ofrecidas por las prácticas que los generan, que los edifican y los caracterizan, poblándolos con personajes a cual más extraños, cuerpos sin dueños, pero comprensibles a través de sus instrumentos, interpretables con sus teorías y conceptos, descriptibles con sus palabras técnicas y sus metáforas, y curables con sus terapias.

Reyes absurdos, vacíos, alienados, máquinas, donjuanes, los pequeños no sujetos y sujetos incompletos recobran a cada momento en los textos su condición de sujetos, pues son ellos quienes toman la decisión de enfermarse de esa manera y del momento en el cual habrán de curarse, con quiénes pueden identificarse, de qué manera ha de ser interpretada la realidad incluso prescindiendo de las posibilidades históricas que les son constitutivas hasta dar vida a lugares diferentes del nuestro, mundos sin cultura. Ese sujeto que les es devuelto es el llamado sujeto moderno haciendo uso de sus poderes infinitos, pues se deshace de todo, incluyendo su propio estatuto de sujeto, simplemente porque así lo ha deseado. Su voluntad es la única condición: este sujeto todo lo puede ya que es el centro de toda acción y toda posibilidad en su universo, pues la omnipotente cultura nada puede hacer frente a su *libre albedrío*. Este sujeto autónomo les es restituido a los autistas a lo largo de estas historias, pues son ellos quienes optan autónomamente por renunciar a su autonomía.

De la misma manera en que se da vida a estos personajes raros que son los autistas, los sistemas de representación en los cuales se enmarcan estos casos también son constitutivos de los doctores, al asignarles una posición y un tipo de discurso. En estas narraciones, el doctor se ocupa de sus pequeños sin propietario por carecer de uno mismo como lo indica Michael Taussig, "... la función de la relación

entre el médico y el paciente es la de reconstruir ese entendimiento, esa personalidad: recuperarlos para el seno de la sociedad e insertarlos firmemente dentro de los principios epistemológicos y ontológicos de los cuales surgen las premisas ideológicas básicas de la sociedad" (1995:115). Su tarea es devolverlos a nuestro mundo, hacer de sus islas una península, anexas su materia al continente, a la norma.

En el escenario creado para médicos y pacientes por los tres casos, y en el que yo misma creo para R..., la enfermedad es el lugar en el cual se desplazan los personajes: se es su víctima en primer grado por ser quien está enfermo, o en segundo grado por convivir con los enfermos. Se es quien la describe por estar en el lugar del especialista, quien está en capacidad de vencerla a través de las terapias, de tender puentes entre el afuera y el adentro de la enfermedad y la salud, de liberar a las víctimas al restituirles su autonomía.

Si estas historias dan vida a estos mundos, es porque la enfermedad, el trastorno autista, está allí, siempre presente, para hacerlo posible: ya ha sido clasificado, sus caminos están trazados en las taxonomías de las enfermedades mentales, se pueden predecir sus expresiones y las maneras en que habrá de desenvolverse, y en algunos casos puede revertirse el proceso de su consolidación. Las condiciones de las relaciones entre doctor y paciente les preceden, son el resultado de un conjunto de concepciones y de unas prácticas sociales que los generan.

El alienado, el tirano, el autómatas y el seductor son constitutivos de estas relaciones. Una vez dadas las condiciones para su emergencia en los comienzos de la práctica psiquiátrica, se constituyen como las representaciones de la sinrazón, y expresan la verdad deformada de lo que uno es como sujeto. Mas se trata de una verdad específica, la verdad de sí, alterada en las formas de comportarse. Es por ello que la curación consiste en una restitución de esa verdad acerca de un uno que es autónomo hasta un límite trazado por las convenciones sociales.

